

PLAZA PUBLICA

■ Bartlett en la Cámara ■ Prestancia en el debate

■ Miguel Angel Granados Chapa ■
No parecía, ni era realmente un debutante el secretario de Gobernación, al comparecer ante la Cámara de Diputados el jueves 13 para explicar los alcances de la renovación político-electoral, de cuya formulación ha sido responsable. Durante siete años en la dirección de Gobierno y durante cuatro como presidente de la Comisión Federal Electoral, se ha ejercitado en el debate con los partidos minoritarios, algunos de los cuales son de oposición.

Esa experiencia fue notoria en su desenvoltura, en la naturalidad con que acudió a la cita que le fijaron los legisladores. El secretario de Gobernación estaba, además, en su elemento: por la naturaleza de su trabajo y de sus intereses, conoce a buena parte de los diputados que presentaron las tesis de los partidos y a los que formularon preguntas durante la sesión vespertina; y los temas en que se centró el debate: la ley y los hechos electorales, han sido especialidad del secretario desde sus estudios de posgrado en París, al iniciarse la década de los sesenta.

Puede decirse que Bartlett disfrutaba su participación, e incluso las impugnaciones fuera de tono que esgrimieron en su contra algunos diputados de Acción Nacional, que lo han convertido en su *bestia negra*. No es válido comparar por completo su actitud con la del secretario Del Mazo, que 48 horas antes había estado en las mismas circunstancias que él, porque la variedad de los temas a que debía referirse el titular de la SEMIP obligaba a un esfuerzo superior al que debió realizar Bartlett, concentrada su atención en los asuntos electorales y específicamente en proyectos de ley en cuya confección fue activo participante y que, por lo tanto, conoce en sus mínimos detalles. Pero es irresistible la tentación de cotejar el aplomo y hasta informalidad de las intervenciones del secretario de Gobernación con la retórica a ratos abrumadora del ex gobernador mexiquense.

De una doble certidumbre partió Bartlett para sostener sus puntos de vista. En lo que toca a la ocasión misma, a pesar de presentarse ante un foro difícil, contaba con el apoyo que se mostró entusiasta a menudo, no sólo de sus invitados, que no fueron abundantes, sino de los diputados de la mayoría priísta y, a veces, de los de otras fracciones parlamentarias. Era natural que así sucediera, pues la mayor parte de los legisladores priístas son políticos profesionales, y por lo mismo reverencian, *a priori*, al encargado de la política interior, y con mayor razón lo hacen si las respuestas del compareciente son, al mismo tiempo, delicadas y contundentes como fueron en general las de Bartlett asestó a la oposición. La otra certidumbre es la que da el poder: por eso fue tajante y definitorio en decir abiertamente que el gobierno no admite la representación proporcional como mecanismo único para la integración del Congreso y que la función electoral es responsabilidad del propio gobierno, que no puede ser dejada en manos, sólo, de los partidos, como han propuesto.

Bartlett debió enfrentarse a una oposición universal, incluidos en ella los partidos a los que ahora se les llama paraestatales, es decir el PST, el PARM y el PPS. Aunque trataron con deferencia al secretario de Gobernación, le reprocharon entre otras cosas el proyecto que les priva presumiblemente de voto en la Comisión Federal Electoral, y el que el financiamiento corresponda a la importancia electoral de los propios partidos. Con mayor razón lo hicieron los partidos de verdadera oposición, que encarnan en tal proyecto los males y vicios del sistema electoral mexicano. No puede decirse que nadie persuadiera a nadie. Pero puede asegurarse que la política-política, tan impopular, halló en el secretario de Gobernación un diestro defensor, aunque sea claro que para mudar la imagen gubernamental se requiere mucho más que prestancia política y la habilidad polémica de uno de sus principales funcionarios.